La colonia escolar

Hundiendo mis pies en las arenas de la playa, aún humedecidas por el beso de la marea, llego á los arranques del monte. Una lancha atraviesa la ría con perezosa lentitud; el trajín de los remos despide al espacio gotas de agua, que transforma el sol en pedrería. El remero canta una montañesa. Hacia la aldea lleva el viento las notas del cantar.

Aunque á la mar me marcho,
yo no me voy.
Mi alma queda contigo:
contigo estoy.
¡Contigo estoy!...

El último verso, repetido dulcemente por el cantor, se prolonga, se alarga, parece que no quiere concluir nunca. Es una caricia entregada al aire.

Echo monte arriba, abriéndome paso entre las malezas punzadoras. Los rayos solares calientan mis espaldas; el sudor gotea en mi frente; una cerca de piedras corta mi camino; la salto, burlando el espinaje de un zarzal, y enfronto con el edificio de la colonia.

Es modesto, de un solo piso, de reducidas proporciones. Su puerta se abre cara al Océano; anchos ventanales agujerean las cuatro fachadas; un tejado rojizo las cubre; la chimenea cimeadora del tejado, se corona de humos azulosos.

La fachada que mira hacia Oriente proyecta su sombra sobre el prado. En aquella sombra, un grupo de treinta criaturas, medio tendidas en el suelo, se presenta á mis ojos. Dos mujeres cosen cerca del grupo; un hombre, sentado en una silla que se recuesta contra la pared, hojea las páginas de un libro.

Son los colonos; los profesores y discípulos que el Museo Pedagógico manda todos los años á la colonia escolar de San Vicente, la segunda expedición, formada con niñas y niños de las escuelas públicas, con infantes humildes, que vienen á solicitar de las brisas del Cantábrico y de los aires de la montaña un poco de salud para sus cuerpos enfermizos.

En esta segunda colonia hay más niñas que niños. Pintoresco resulta el cuadro que ofrecen las muchachas. Sus trajecillos de percal forman sobre el suelo espléndida paleta donde todos los colores compiten; sus voces infantiles son como piar de pájaros en los bordes del nido. Las niñas repasan sus ropas; los niños charlan, no lejos de ellas, junto á ellas y con ellas. Mezclados están unos y otras en alegre tertulia. Viéndolos así me parecen una aurora humana, en la cual

los hogares futuros, constituidos por compañeros, por hombres y mujeres, no por hembras y por machos, despuntan.

Todos se levantan al mirarme llegar; los niños me rodean. Rego, el profesor que estaba sentado en la silla, les acompaña; Blanco, el otro profesor de la colonia, sale de la casa á mi encuentro. La esposa de Rego, profesora también y su compañera «la señorita Petra», como la llaman cariñosamente los chicos, corresponden á mi saludo con un franco apretón de manos.

Parecemos ellas y yo desde el primer minuto amigos que se ven después de una ausencia, y eso que no nos hemos visto nunca. Bah, ¡qué importa!, nos conocemos, fraternizamos en el ideal; con hermanas hablo, hablando con aquellas dos mujeres, que se consagran á moldear las mujeres del porvenir.

¡Y qué grata es la conversación con mujeres, cuando pueden echarse á un lado requiebros estúpidos y gazmoñerías rídiculas; cuando no es la mujer muñeca empolvada, peripuesto maniquí, que pone en feria su hermosura y estudia la sonrisa y el gesto, juzgando su misión exclusiva en el mundo cautivar al hombre con los esplendores de su carne! ¡Qué grato es ver á dos mujeres jóvenes ser algo más que agradadoras de hombres: seres que discurren, que abordan bravamente los problemas del porvenir y se ocu-

pan de las humanidades que poblarán ese porvenir y de la felicidad de esas humanidades más que de los pliegues de su vestido y de los bucles de su pelo!...

¡Qué grato es también conversar con hombres que arrojaron de sus conciencias y de sus cerebros el lastre ruinoso del pasado y quieren hacer hombres nuevos, criaturas libres que anden por el mundo sin otras pautas que las que su juicio les trace y su voluntad les indique!

Sí; es muy grato, porque tales conversaciones y tales personas devuelven la esperanza á quienes soñando con la redención nacional y humana de esta querida patria nuestra, la vemos hundirse más y más cada vez en abismos de materiales y morales miserias que encogen el corazón y que entristecen el espíritu.

Como de un baño de esperanza salí yo del edificio de la colonia, luego de recorrer sus ventiladas habitaciones, sus cuatro dormitorios, donde el esmero femenino ha hecho de cada cama un nido blanco, de blancura tan purísima como el alma de los infantes que buscan en ellas su dormir; su comedor con la mesa de pino embellecida por ramos de flores, pródigos en campestres perfumes, y sus cocinas limpias y sus lavabos útiles á todos los menenestres del aseo físico de los muchachos, como útiles son las enseñanzas de los profesores á su aseo material y moral.

Sí; fueron dos horas deliciosas las que pasé con los

colonos, y digno remate de ellas el momento en que todos, maestros y discípulos, emprendieron su diaria excursión, saltando, corriendo, dando voces y carcajadas que el viento repetía como un himno triunfal.

Estas colonias, donde á un tiempo se fortalecen los músculos y los sesos de las criaturas, donde se les faculta para respirar y pensar ancho, podían ser la base, el arranque de la regeneración española. De estas humanidades en germen podían salir humanidades firmes, progresivas, capaces de todo lo bueno; prontas al amor y á la bondad y á la justicia. Robusto el cuerpo, enérgica la voluntad, libre la conciencia y desentelarañado el pensamiento, ¡qué lejos podian ir esas humanidades!

Si estas colonias, ayudadas por Institucionees como la Libre de Enseñanza, se menudeasen en España, pronto, á la vuelta de una generación, estaría cambiado, modificado su destino.

No sería España como hoy, patria donde todo lo viejo y todo lo muerto revive y domina é impera; patria de lo nuevo sería, y á cuenta de ser rémora y escarnio, fuera honra y auxilio de la humanidad que marcha hacia el futuro.

Pero, ¡ay!, que las colonias escolares y las Instituciones como la Libre de Enseñanza, tienen precaria vida! El Estado las desatiende; el apoyo particular les falta. Para estas empresas precisa dinero, y el dinero

del Estado no es para el presupuesto de enseñanza, para otros presupuestos es; y el dinero de los particulares no va á lós colegios, no á las colonias, donde se hacen física, intelectual y moralmente hombres y mujeres: va á los conventos, á las sacristías, á las Instituciones donde se hacen máquinas, instrumentos humanos, criaturas sin libertad de conciencia y de juicio, que sólo á la ruina y al hundimiento pueden conducir á los pueblos que tienen la mala ventura de albergarlos.

El humilladero